

SALVADOR CLARAMUNT

*EL HECHO RELIGIOSO EN LA EDAD MEDIA: PRESENTACIÓN*

El tema de la presente XXIV Semana Internacional de Estudios Medievales está dedicado a uno de los grandes problemas y necesidades del género humano desde que el Mundo es Mundo, como es la necesidad incuestionable de creer en uno, en varios dioses o en su defecto en algo, que algunas veces se llama partido y otras cualquier cosa que nos sirva de justificación. Eso sí, siempre con la esperanza lejana o próxima de una salvación eterna o por lo menos temporal (y en este caso me refiero a los del partido).

Una cosa es cierta, la Humanidad y el hombre en particular no han cambiado mucho en el aspecto religioso desde los orígenes de su existencia; en realidad es el mundo material el que cambia pero no el género humano en sus más recónditas necesidades. En todas las épocas siempre ha habido y habrá grupos que hablan tan seguros en nombre de Dios, que da la impresión que más que ser sus fieles servidores son ellos los que quieren convertirse en dioses y que, en realidad, les molesta la existencia de aquel Ser al que dicen representar. La prueba más contundente es que siempre que ha sido posible se ha tendido y se tiende a ser Dios en la tierra, o por lo menos su único interlocutor válido; cualquier civilización nos muestra un gran número de ejemplos en este sentido, lo que ha provocado casi siempre que el hecho religioso se confundiese con la ambición política, la soberbia y la vanidad humanas.

Normalmente los principios sobre los que se ha basado el hecho religioso no eran «los principios», sino tan solo los principios del clan monopolizador del hecho religioso en sí.

El hombre, en todas las etapas históricas, ha fabricado a Dios o, al menos, a su sucedáneo correspondiente, porque tiene demasiada necesidad de creer. Dios aparece reiteradamente como una invención de los hombres, según el pensamiento freudiano. Es como si la necesidad crease al objeto. Muchas veces ha sido únicamente como una satisfacción alucinatoria del deseo. De ahí la gran diversidad de religiones y de hechos religiosos.

La autocomplacencia de cada pueblo y de cada civilización no es indicativo de poseer la verdad, a pesar del *leit-motiv* de ser el pueblo escogido por Dios, porque como casi todos los pueblos han creído a lo largo de la Historia, en el fondo eran

conscientes de su extrema inseguridad en este terreno y de ahí la necesidad de profetas para reafirmarse en la línea iniciada, muchas veces no se sabe cuando.

El género humano es como si estuviese en un subterráneo. No tiene más luz que la que le proporciona la fe en una transcendencia, con ánimo egoísta de ser inmortal y gozar así, aunque sea sólo de refilón de la esencia misma de la inmortalidad de Dios.

El creyente en particular y los pueblos en general avanzan pensando que debe existir una puerta al final del túnel de la existencia, y que esta puerta se abrirá hacia la luz eterna. El ateo sabe sin embargo que no hay puerta, y que el final del túnel es su propio final. Por eso encuentra la existencia más terrible y la muerte más definitiva, ya que para él la vida resulta únicamente una enfermedad mortal. Si esta tendencia es mayoritaria en una época, el hombre en particular es un verdadero desesperado y la comunidad humana en que vive, la misma desesperación institucionalizada. Sólo se puede resistir tanta contradicción y angustia no preocupándose por la muerte ni lo transcendental, sino exclusivamente por el hoy y el mañana inmediato (hoy parece que del futuro únicamente se preocupan los economistas con sus magnitudes tantas veces ridículas por estar deformadas por los intereses más bastardos y la mayoría de las veces impredecibles).

La Historia de la Humanidad es un continuo de desaguisados provocados por la soberbia, la ambición y la vanidad humana, o mejor dicho por la propia desmesura del hombre, según podemos ver desde esta nuestra atalaya actual de casi el año 2000 de la era cristiana. Pero si pudiésemos ver con anticipación lo que sucederá en los próximos años y siglos en la evolución de nuestro género, estoy seguro de que será todavía más violenta. Todos los siglos han sido los siglos del hombre y de las luces contemplados desde la óptica de la vanidad humana de cada momento, pero todos los siglos han sido verdaderos siglos de plagas continuadas, en que la soberbia humana se ha contentado de modo reiterado en desafiar a Dios, y en más de una ocasión en reemplazarlo.

En todas las religiones se pone al hombre como el centro de la creación, ya que ha sido creado para dominar la naturaleza (aunque en realidad la destruye), la materia (aunque en realidad con ella hace temblar al mundo), para ser el amo de la política (y lo que pretende en realidad es crear el totalitarismo en cuanto puede), el señor de la vida (y en realidad únicamente aspira a sobrevivir o mejor dicho a subsistir a cualquier precio, aunque a partir de ahora pueda escoger los hijos por catálogo) y, como culminación de todo lo anterior, se convierte en el señor de la moral, que le permite creerse que es él el que hace las leyes (que en el fondo no es más que el poder de decidir contra toda lógica que ya nada vale, sino lo emanado del grupo que controla el poder en un determinado espacio y tiempo).

Lo que sí es cierto es que la moderna revelación del ateísmo se ha convertido en una superstición todavía más absurda que todas las precedentes. Por eso el he-

cho religioso fue, ha sido y será una de las bases sobre las que ha evolucionado o por lo menos ha sobrevivido la Humanidad, ya sea para bien o para mal.

A lo largo de estos tres días prestigiosos estudiosos nos van a desgarnar la «realidad» del *hecho religioso en la Edad Media* centrado en las tres grandes religiones monoteístas, y dejando de lado (por falta material de tiempo y de presupuesto) todo un sin fin de hechos religiosos muy diversos que han estado ahí, y que en la mayoría de los casos están aún. Espero que al finalizar tengamos las ideas un poco más diáfanas, y en el caso de no ser así nuestro acervo cultural se habrá sin duda enriquecido, mientras que el Hecho religioso continuará su histórico caminar de modo imparable hasta que esta especie que se dice racional desaparezca finalmente del universo, y deje a Dios tal como fue desde el inicio de los tiempos. Ya que cuando la muerte afecte totalmente al género humano terrícola, o sea se produzca el tan anunciado Fin del Mundo, habrá sido sin ninguna duda ese mismo género humano el protagonista de su propia autodestrucción, y que según todos los indicios parece que pretende conseguir del modo más rápido posible, eso sí más ricos e informatizados en una pequeña parte de nuestro planeta, y mucho más miserables y con la angustia de la supervivencia diaria en la mayoría de él; pero todos preocupados por ese más allá, todavía no explicado racionalmente, y que únicamente el Hecho religioso pudo aportar algo de luz o por lo menos de esperanza, como así ha sido a través de los tiempos.